

de las víctimas que allí fueron sacrificadas. Preséntese una petición sobre la suerte del poder ejecutivo en ese mismo Campo de Marte por la nación soberana.»

Dijo y salió, dejando esta moción enigmática á la consideracion reflexiva de los patriotas. Sobrio de palabras é impaciente en sus intrigas, Danton era enemigo de pronunciar largos discursos, y así forjaba una palabra como se acuña una medalla, palabra que ponía luégo en circulacion entre la muchedumbre. Al salir de allí, encontró un grupo de hombres alarmados que le rodearon inmediatamente y le preguntaron cuál era su parecer respecto á los asuntos públicos. «Allí están—dijo señalando con un gesto despreciativo á la puerta de los Jacobinos—una porcion de simples que se entretienen en deliberar. ¡Qué imbéciles son!—añadió dirigiéndose al grupo.—¿Para qué sirven tantas palabras, tantos debates sobre la Constitucion y tantos miramientos con los aristócratas y con los tiranos? Haced lo que ellos han hecho hasta ahora, poneos encima, y procurad tenerlos siempre debajo de vosotros: ¡hé aquí toda la revolucion!»

LIBRO DIEZ Y NUEVE.

Primeras insurrecciones en Bretaña y en el Vivarais.—Exaltacion de los patriotas.—Chabot.—Grange-neuve.—Tentativa de reconciliacion de los partidos en la Asamblea.—Lamourette.—La suspension de Petion envenena los resentimientos.—Terror de la reina á la aproximacion del día de la federacion.—Temores de la familia real.—El armario de hierro.—El rey y la familia real en el Campo de Marte.—Asesinatos.—D'Eprenesnil.—Situacion de la guardia nacional.—Barbaroux y Rebecqui jefes de los marseleses.—Madama Roland alma del 10 de Agosto.—Petion cómplice en todos estos sucesos.—Barbaroux, Danton y Santerre se ponen á la cabeza del movimiento.—Conciliábulos secretos de Charenton.—Comida en los Campos Eliseos.—Choqué entre los marseleses y los realistas.—Tentativas de los amigos de Robespierre para darle la dictadura.

I

Todo indicaba, como se ha visto en el discurso de Robespierre y en las palabras de Danton, una cita para el Campo de Marte el 14 de Julio, con el objeto de acabar con el trono en medio de una horrorosa tempestad, haciendo surgir la república ó la dictadura de una reunion de federados, por aclamacion universal. «Somos un millon de facciosos»,—decía el girondino Carra en su periódico.

La nacion entera estaba alarmada por su existencia; sin defensores en las fronteras, sin gobierno en el interior, sin confianza en sus generales, viendo á los partidos desgarrarse en la Asamblea, y creyéndose engañada por la corte, se hallaba en aquel estado de emocion y de angustia que entrega un pueblo al azar de todos los acontecimientos. La Bretaña comenzaba á insurreccionarse á la voz de la religion, bajo la bandera del rey; esta insurreccion era popular y buscaba sus jefes en los nobles. La guerra de la Vendée, destinada á ser bien pronto tan terrible, fué desde los primeros días una guerra de conciencia en el pueblo y de opinion en los jefes. La emigracion se armaba por el rey y por la aristocracia; la Vendée, por Dios.

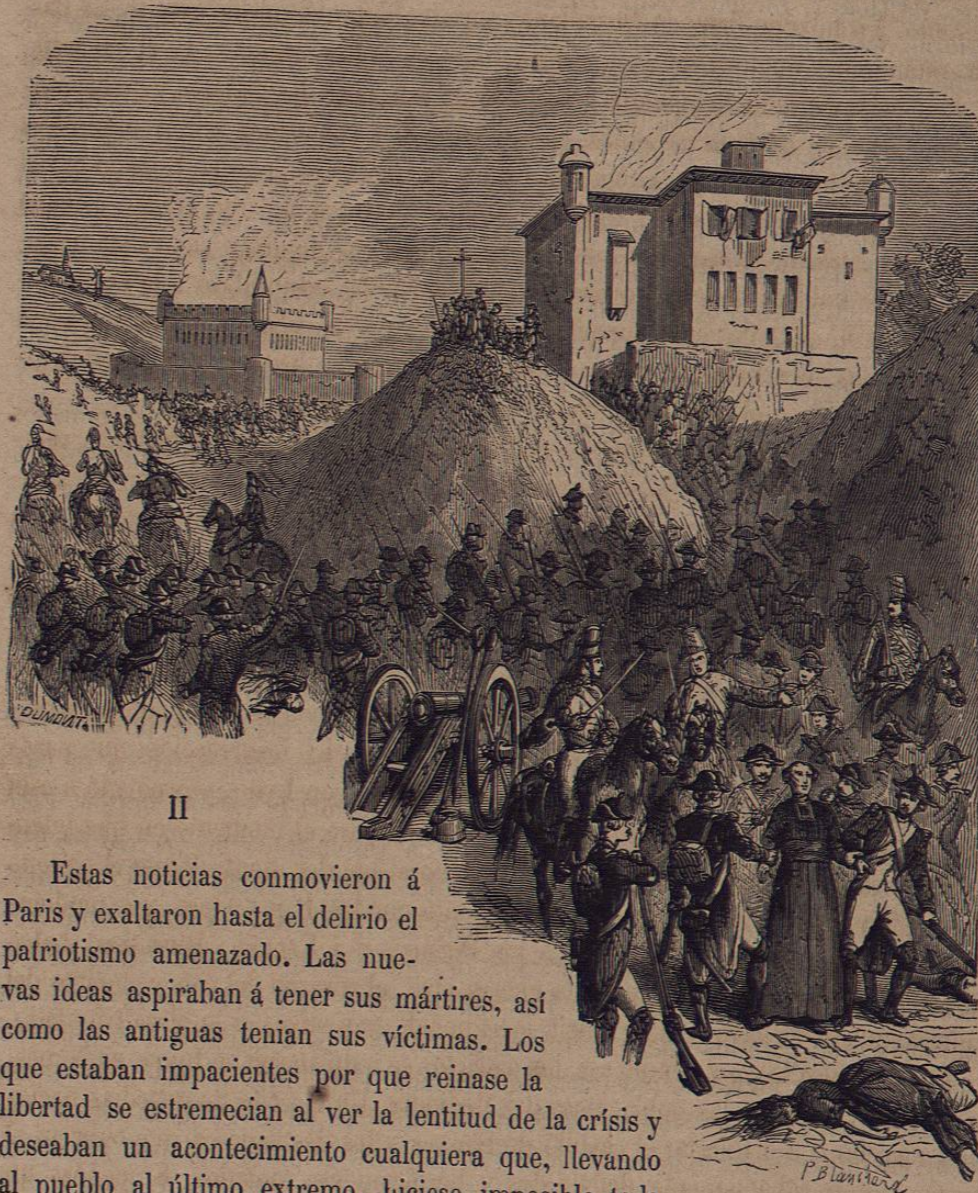
Un simple labrador llamado Alain Redeler, al salir de misa de la parroquia de Fouestan el 8 de Julio, indicó á los campesinos una reunion armada para el otro día, cerca de la pequeña ermita de las landas de Kerbader. A la hora determinada se encontraron reunidos quinientos hombres. Esta reunion, bien diferente de las tumultuosas de Paris, atestiguaba por su actitud el recogimiento de sus ideas. Los signos religiosos iban mezclados con las armas, y el rezo consagraba la insurreccion. El toque de rebato se oía en todas las parroquias, y la poblacion del campo entera respondia al llamamiento de la campana, como si fuese la voz de Dios. Ningun desórden manchó este levantamiento, el pueblo se contentó con estar alerta, y no pedía más que la libertad de sus altares. Los guardias nacionales, las tropas de línea y la artillería marcharon de todos los puntos del departamento; el choque fué sangriento, y la victoria disputada. Sin embargo, la insurreccion fermentó sordamente en Bretaña, para estallar más tarde. Este fué el primer chispazo de la gran guerra civil.

Al mismo tiempo estalló la sublevación, pero menos obstinada, en otro punto del reino. Un hidalgo llamado Dusailant y un sacerdote nombrado cura de La Bastida, reunieron á nombre del conde de Artois tres mil campesinos en el Vivarais.

Este país, cruzado de montañas, surcado de estrechos desfiladeros y de barrancos con grandes bosques de pinos, es una ciudadela construida por la naturaleza entre las llanuras del Bajo Languedoc y los hermosos valles del Ródano y del Saona; Lyon es su capital. El espíritu católico y clerical de esta ciudad romana reinaba en estas montañas. Los numerosos castillos que dominan sus valles pertenecían á una nobleza muy unida por la sangre y por las costumbres á la clase media, y se confundían por sus ocupaciones rurales y por la religión con la población de los campos. Los hidalgos no eran sino los primeros entre los labradores. Unidos por interés con el clero, agitaban el país sirviéndose del paisanaje.

Dusailant se apoderó del castillo gótico y almenado de Jales, le fortificó, estableció en él el cuartel general de la insurrección é hizo prestar á su tropa un juramento de fidelidad al rey sólo y á la antigua religión. Los jóvenes hidalgos de la comarca llevaron sucesivamente á este jefe los campesinos que pudieron reunir, y los predicadores los inflamaron en nombre de la fe. Jóvenes vestidas de amazonas y á caballo recorrían las filas distribuyendo los signos de insurrección, que eran corazones de Jesús en el pecho y una cruz de oro en el sombrero. Despertando á nombre del amor el heroísmo de la antigua caballería, toda la raza piadosa, entusiasta é intrépida de los Cevennes se levantó á su voz. La insurrección, que parecía aislada en este país inaccesible, tenía inteligencias con Lyon, y prometió á esta ciudad refuerzos y comunicaciones con el Mediodía para el momento en que intentase la contrarrevolución. Atravesando el Ródano al pie del monte Pilate el ejército de Jales, se ponía en contacto con el Piamonte por los Bajos Alpes, y extendiéndose en el Bajo Languedoc, tocaba á los Pirineos y á España; Dusailant había situado admirablemente el foco de la guerra civil; el corazón del país y el curso del Ródano, que es la llave de la Francia meridional, eran suyos si hubiese triunfado.

La Asamblea lo comprendió así, los patriotas se inquietaron en Lyon, en Nimes, en Valence y en todas las poblaciones del Mediodía. Un ejército de guardias nacionales marchó con artillería; el castillo de Bannes y los desfiladeros que cubrían el campo fueron valientemente defendidos y heroicamente tomados. Empeñóse un desesperado combate en el castillo de Jales, plaza fuerte de la sublevación: hidalgos, paisanos y sacerdotes sostuvieron con intrepidez los repetidos asaltos de las tropas; hasta las mujeres distribuyeron las municiones, cargaron las armas y socorrieron á los heridos. Por la noche, los insurgentes abandonaron el castillo, acribillado de balas de cañón, cuando ya los muros se caían sobre sus defensores, dispersándose éstos en las gargantas del Ardeche, dejando numerosos cadáveres, algunos de ellos de mujeres. El jefe del movimiento, Dusailant, que había dejado su caballo y sus armas, disfrazándose de sacerdote, fué reconocido y preso por un veterano; ofreció sesenta lises por su rescate al soldado, que los rehusó, y Dusailant pereció asesinado por el pueblo al entrar en la ciudad; adonde las tropas le conducían para que fuese juzgado; el cura de La Bastida tuvo la misma suerte. El furor ya no juzgaba, hería de muerte.



II

Estas noticias conmovieron á París y exaltaron hasta el delirio el patriotismo amenazado. Las nuevas ideas aspiraban á tener sus mártires, así como las antiguas tenían sus víctimas. Los que estaban impacientes por que reinase la libertad se estremecían al ver la lentitud de la crisis y deseaban un acontecimiento cualquiera que, llevando al pueblo al último extremo, hiciese imposible toda reconciliación entre la nación y el rey. No viendo surgir esta ocasión por sí misma, pensaron en hacerla surgir artificialmente. Era preciso un pretexto para la insurrección, y quisieron dárselo aunque fuese á costa de sus vidas.

Había entonces en París dos hombres de una fe intrépida y de una adhesión fanática por su partido, que eran Chabot y Grangeneuve; éste era girondino, hombre de poca disposición, pero inflexible, aspirando sólo á servir á la humanidad como soldado oscuro, conociendo bien que la medianía de su talento no le daba más medio de ser útil que el de morir por ella; caracteres desprendidos que dan su sangre por su causa, sin pedir siquiera que se acuerden de sus nombres.

Chabot era hijo de un cocinero del colegio de Rodez; educado por la caridad de sus amos, exaltado en sus primeros años por una ascética piedad, había tomado el hábito de capuchino. Se había distinguido mucho tiempo por una pobreza más humilde y por una indecencia más repugnante aún que la de esta orden mendi-

Toma é incendio del castillo de Jales.—Pág. 440.

cante, verdaderos Diógenes del cristianismo. De ingenio ligero y vasto, las primeras ideas revolucionarias le habían herido en la celda de su convento; la fiebre por la libertad y por la transformación social había penetrado su alma, y se había desprendido de su fe y de su hábito. Por su apostasía, por su resentimiento contra las creencias de su juventud, por su fogosidad y desorden en sus predicaciones populares, se señaló entre la multitud y le llevaron á la Asamblea legislativa: oculto detras de Robespierre y de Petion, veía más allá de la Constitución del 91 la ruina del trono, á que aspiró abiertamente, siendo uno de esos hombres que desdeñan los rodeos, descubriéndose delante del enemigo, y que creen que el rencor activo y declarado es la mejor política contra las instituciones que se quieren destruir. Chabot y Grangeneuve pertenecían á los conciliábulos de Charenton.

Una noche salieron juntos de una de esas conferencias, afligidos y desanimados de las dudas y de las contemplaciones de los conspiradores. Grangeneuve andaba con la cabeza baja y silencioso. «¿En qué piensas?»—le preguntó Chabot. «Pienso—respondió el girondino—en que estas lentitudes enervan á la revolución y á la patria; pienso que si el pueblo da tiempo al trono, el pueblo se pierde; pienso que las revoluciones no tienen sino una hora, y los que la dejan pasar no la encontrarán ya, de lo cual deben dar cuenta despues á Dios y á la posteridad. Oye, Chabot: el pueblo no se levantará por sí mismo; necesita un móvil, le hace falta un acceso de rabia y de espanto que le haga adquirir la energía que es precisa en el último momento para sacudir sus antiguas instituciones. ¿Cómo se le ha de dar? Yo he pensado mucho en esto, y por fin lo he encontrado en mi corazón. Pero ¿encontraré igualmente un hombre capaz de la resolución y del secreto necesario para semejante acto?» «Habla,—dijo Chabot;—yo soy capaz de todo por destruir lo que aborrezco.» «Pues bien,—repuso Grangeneuve,—la sangre embriaga al pueblo: hallarás sangre pura en la cuna de todas las revoluciones, desde Lucrecia hasta Guillermo Tell y Sydney. Para los hombres de Estado, las revoluciones son una teoría; para los pueblos, una venganza; pero para impulsar á la multitud á la venganza es necesario mostrarle una víctima. Puesto que la corte nos rehúsa esta satisfacción, es menester que se la demos nosotros mismos á nuestra causa; es menester que aparezca que una víctima cae bajo los golpes de los aristócratas; es necesario que el hombre que se impute á la corte haber inmolado sea uno de los enemigos más conocidos y miembro de la Asamblea, para que el atentado contra la Representación nacional se añada en ese acto al asesinato de un ciudadano; es necesario que este asesinato se cometa á las puertas de palacio, para que clame venganza más de cerca; pero ¿quién será este ciudadano? Yo mismo. Mi voz es nula, mi valor inútil á la libertad, pero mi muerte le aprovechará, y mi cadáver será el estandarte de la insurrección y de la victoria del pueblo.»

Chabot escuchaba á Grangeneuve con admiración. «Es el genio del patriotismo el que te inspira,—le dijo;—si son precisas dos víctimas, yo me ofrezco á ser la segunda.» «Tú serás más,—replicó Grangeneuve;—serás, no el asesino, porque yo mismo pido mi muerte, pero sí el homicida. Esta noche me pasearé solo y sin armas por el paraje más solitario y oscuro cerca de los postigos del Louvre. Coloca tú allí cerca dos patriotas de confianza armados con puñales, y convendremos en una señal que yo daré para mostrarme como blanco á sus golpes; dada la señal, ellos me herirán y yo recibiré la muerte sin dar un grito. Fugándose ellos en

seguida, por la mañana se encontrará mi cadáver; vosotros acusareis á la corte, y la venganza del pueblo hará lo demás...»

Chabot, tan fanático y tan decidido como Grangeneuve á calumniar al rey por la muerte de un patriota, juró á su amigo llevar á cabo esta odiosa superchería del rencor; se fijó el punto del asesinato, y se convino en la hora y en la señal que debía darse. Grangeneuve fué á su casa, hizo testamento, se preparó para recibir la muerte, y fué á medianoche al paraje convenido. Dos horas estuvo esperando, hasta que vió adelantarse hácia él varios hombres reunidos, á quienes tomó por los asesinos que creía estaban preparados; hizo la señal esperando el golpe, pero nadie le hirió. Chabot no se había atrevido á cumplir lo prometido, faltó de resolución ó de armas. La víctima no faltó al sacrificio, pero no acudió el sacrificador que debió inmolarla en las aras de la patria.

III

En medio de estos podigios de rencor, un hombre intentó el milagro de la reconciliación de los partidos, que fué Lamourette, antiguo vicario del obispo de Arras y entonces obispo constitucional de Lyon. Aunque era sinceramente revolucionario, la revolución había dejado sin embargo en su alma algun residuo de la caridad del cristianismo. La Asamblea le veneraba por una virtud tan rara en la lucha de ideas como la moderación, y recogió en un día el fruto de la estimación que se le tenía. Brissot iba á subir á la tribuna para proponer nuevas medidas de seguridad nacional. Lamourette se adelantó pidiendo al presidente la palabra para una cuestión de orden. La obtuvo. «De todas las medidas—dijo—que se os propongan para detener las divisiones que nos devoran, una hay que se olvida, capaz por sí sola de restablecer el orden en el imperio y la seguridad en la nación. Esta es la unión de todos sus hijos en un mismo pensamiento; es la reconciliación de todos los miembros de esta Asamblea, ejemplo irresistible que reconciliará á todos los ciudadanos. ¿Y quién se podrá oponer á esto? Nada hay irreconciliable sino el crimen y la virtud; los hombres honrados tienen un terreno comun de patriotismo y de honor, en donde siempre se pueden encontrar. ¿Qué es lo que nos separa? Las prevenciones y las sospechas de unos contra otros. Sofoquémoslas en un abrazo patriótico y en un juramento unánime; anatemicémoslas en la república y en las dos Cámaras...»

A estas palabras, la Asamblea entera se levanta, el juramento se pronuncia por todos, los gritos de entusiasmo resuenan en la sala, y van á noticiar fuera que la palabra de un hombre honrado ha extinguido las divisiones, confundido á los partidos y reconciliado á los hombres. No existen ya la izquierda ni la derecha. Ramond, Vergniaud, Chabot, Vaublanc, Gensonné, Basire, Condorcet, Pastoret, jacobinos y girondinos, constitucionales y republicanos, todo se mezcla, todo se confunde, todo se deshace en una fraternal unión. Se envía un mensaje al rey para que goce de la concordia de su pueblo, el cual se apresura á ir á la Asamblea; las exclamaciones del entusiasmo le rodean, y su alma concibe mejores esperanzas. La emoción arranca á su timidez natural algunas palabras sentimentales que redoblan los transportes de la comun alegría. «No somos más que uno,—exclamó enternecido,—y nuestra unión salvará á Francia.» A su salida fué acompañado hasta palacio por las bendiciones de la multitud. Había creído reconquistar el corazón de los

franceses, y apenas entró en palacio, abrazó á la reina, á su hermana, á sus hijos, y hubiera querido poder hacer lo mismo con todo su pueblo. En señal de confianza hizo abrir el jardín de las Tullerías, que estaba cerrado desde los atentados del 20 de Junio, precipitándose en él la muchedumbre, que fué á aturdir con sus gritos de amor á las mismas ventanas que la víspera llenaba de insultos. La familia real creyó tener algunos días buenos; pero ¡ah! el primero que gozaba despues de tantos años no duró siquiera hasta la noche.

Presentado en la sesion de la noche el decreto del directorio del departamento que suspendía á Petion en sus funciones, hizo revivir las disensiones mal apagadas. Un sentimiento, por dulce que sea, permanece poco tiempo en el mismo estado; el rencor se habia apagado un momento, pero como estaba más en las cosas que en los corazones, estalló de nuevo con más fuerza.

El pueblo acompañó con gritos de muerte al directorio del departamento, que la Asamblea habia llamado á su seno. «¡Volvednos á Petion!—gritaba el pueblo.—¡Laroche-foucauld á Orleans!» Estas terribles vociferaciones llegaron hasta el corazón del rey, borrando en él la alegría pasajera que habia experimentado. La sesion de los Jacobinos fué más turbulenta que la del dia anterior. «En la Asamblea se abrazan,—dijo Billaud-Varennes.—Este es el beso de Júdas, éste es el beso de Carlos IX ofreciendo la mano á Coligny. Así se abrazaban en el momento en que el rey preparaba su fuga el 6 de Octubre; así se abrazaban ántes de los asesinatos del Campo de Marte; se abrazan, pero ¿concluyen las conspiraciones de la corte? ¿Nuestros enemigos avanzan por esto ménos en las fronteras? ¿Y Lafayette es por eso ménos traidor?...»

IV

Con tales auspicios se acercaba el dia de la federacion; la reina lo esperaba con terror, y todo revelaba proyectos siniestros para este aniversario, porque la Francia revolucionaria, enviando á los federados de Brest y de Marsella, habia llevado á París á sus hombres más temerarios. La familia real vivia en la agonía de un asesinato, y toda su esperanza se fundaba en las tropas extranjeras que le habian prometido enviar en el término de un mes, y en el palacio se contaban los instantes aguardando con ansiedad la llegada del duque de Brunswick á París. La reina habia señalado en el calendario el dia de su libertad, y no se trataba sino de vivir hasta entónces; no obstante, la reina temia á la vez ver sacrificado á su marido por el veneno, el puñal ó las balas de los asesinos.

Espiados hasta en el interior de las más secretas de sus habitaciones por centinelas de la guardia nacional que vigilaban todas las puertas, más como carceleros que como defensores, la familia real gustaba sólo en apariencia los alimentos que servian á la mesa, haciéndose traer su comida misteriosamente por manos seguras y fieles. La reina hizo vestir al rey un peto compuesto de quince telas de seda fuerte, á prueba del puñal y de las balas. El rey se prestó, por complacer á la ternura de su esposa, á estas precauciones contra el destino. Las revoluciones no asesinan, pero inmolan; el desgraciado príncipe lo sabía. «No me herirán por la mano de un malvado,—decia en voz baja á la camarera de la reina que le probaba el chaleco acolchado,—su plan ha cambiado: me matarán á la luz del dia y como rey.» Habia adquirido estos presentimientos con la lectura de otras catástrofes rea-

les que le predecian la suya. Tenia en el testero de su gabinete el retrato de Carlos I pintado por Van Dyck, y la historia de este príncipe siempre abierta sobre su mesa, estudiándola para interrogarla, como si sus páginas encerrasen el misterio de un destino que queria conocer para engañarlo; pero no se lisonjeaba ya á sí mismo, conocia su porvenir, y salvar á la reina, á sus hijos y á su hermana era el término de sus esperanzas y el móvil de todos sus esfuerzos. En cuanto á él, el



Chabot.

sacrificio estaba hecho, todos los dias lo renovaba en sus actos religiosos, que le elevaban y le infundian resignacion. «No soy afortunado,—respondió á uno de sus confidentes que le aconsejaba jugase heroicamente su suerte con la fortuna.—Sin duda aún puedo intentar medidas audaces; pero tienen resultados funestos que yo podria exponerme á arrostrar por mí mismo, pero no puedo exponer á ellos mi familia. La fortuna me ha enseñado á no fiarme mucho de ella; no quiero huir por segunda vez, porque lo pasé muy mal la primera; prefiero la muerte, que no tiene nada que me asuste, y me ensayo á sufrirla todos los dias. Se contentarán con mi vida, y dejarán la de mi mujer y mis hijos.»

La reina tenia las mismas ideas. Una melancolía abatida, interrumpida solamente por algunos destellos de varonil firmeza, habia reemplazado en su rostro y